



El Presidente Carter, durante su entrevista con el jefe de la delegación de la China Popular en USA, Huang Cheng. A la izquierda, el sucesor de Kissinger, Cyrus Vance.

EL TRIANGULO CAMBIANTE

Eduardo Haro Tecglen

EL clásico triángulo mundial Estados Unidos-URSS-China, de cuyas complejas relaciones mutuas depende, o se cree que depende, la paz general del mundo, ha experimentado en los últimos meses grandes cambios aparentes: por lo menos, en dos de sus ángulos. En Estados Unidos y en China. La sustitución de Ford por Carter significaba, como tantas veces se ha dicho, el cambio de una larga administración republicana que de alguna forma se había ido volviendo cesárea y personalista por una nueva forma más democrática que Carter, admirador y émulo de los dos grandes precedentes de su partido, Roosevelt y Kennedy, quería proyectar sobre el mundo exterior en forma de un cierto pacifismo, en todo caso de un mayor alejamiento del riesgo de la guerra nuclear. En China, la muerte de Mao y los trululentos y espectaculares cambios interiores, han dado por el momento el poder a los que llamamos "moderados", término equivoco si se le da el sentido que pueda tener,

por ejemplo, en Europa y en España, pero que a la larga —si dura la tendencia— podría también referirse a una actitud más flexible en política internacional. En la URSS no hay cambios visibles por ahora, aunque podría llegar a haberlos. Está pasando una especie de crisis todavía no demasiado ostensible, pero cuyas partes visibles se reflejan en las disidencias interiores, a las nuevas tendencias independentistas en los países comunistas europeos y a las cada vez mayores diferencias que la separan de los partidos comunistas occidentales, de lo que se viene llamando "eurocomunismo". Desde el punto de vista de la estrategia global, en Moscú se debe estar pensando en que ahora hay un cierto peligro en el Oeste. Como se sabe, la preocupación militar soviética se había centrado en dos grandes zonas (dentro de la guerra convencional posible): la frontera con China y la frontera con occidente en Europa, almohadillada esta última en gran parte por la existencia de los otros países del

Pacto de Varsovia. En los últimos años, la frontera con China ha supuesto la mayor amenaza, de forma que la URSS ha pretendido —y conseguido en gran parte— sostener un cierto apaciguamiento por el Oeste, al mismo tiempo que reafirmar los regímenes comunistas de sus aliados, para poder atender principalmente a la amenaza del Este, de China. Mientras China, a su vez, acusaba y denunciaba todos los intentos de coexistencia soviética con occidente y todos sus pactos con los Estados Unidos como una colusión en contra suya.

El cambio más visible en toda esta situación, en este triángulo, es el de los Estados Unidos o, por hablar con más exactitud, el que está pretendiendo Carter. Si en su discurso inaugural fue, como correspondía a la situación, algo más retórico, algo más filosófico —según algunos, hasta teológico—, en su primera conferencia de prensa ha resultado bastante más concreto y técnico: Carter propone a la Unión Soviética algunas fórmulas de



El nuevo director de la CIA, Stansfield Turner, un almirante de la línea dura.

acuerdo sobre temas de desarme, especialmente de desarme nuclear. Carter propone directamente que se continúe la reducción de tensiones mundiales y que se aleje o reduzca la cuestión del enfrentamiento nuclear. Simultáneamente ha hecho hincapié en los temas de de-

EL TRIANGULO CAMBIANTE

rechos humanos. El mismo se ha preocupado de señalar su diferente concepto de la relación entre estas dos cuestiones con respecto al que tenía la Administración anterior. "Pienso que la Administración anterior, bajo el secretario Kissinger —ha dicho—, pensaba que había una relación (entre los dos temas), y que si se mencionaban los derechos humanos o se invitaba a Solzenitsin a la Casa Blanca se ponía en peligro el progreso de las negociaciones SALT. Yo pienso de una manera diferente". Quizá la Administración anterior tenía razón, o quizá la Unión Soviética no está preparada todavía para separar los temas y siga considerando que la amistad o la hostilidad de los Estados Unidos se miden por un conjunto de temas, y no por uno sólo. Su respuesta a las intervenciones de Estados Unidos —seguidas de una campaña mundial— sobre la cuestión de los disidentes ha sido un endurecimiento mayor: la detención de nuevos disidentes y la expulsión de un corresponsal de Estados Unidos (el de la Associated Press). La URSS sabe concretamente que esta campaña, sea cual sea el idealismo con que la emite Carter, tiende a una debilitación de sus posiciones europeas, en el sentido de que la distancia cada vez más de los partidos comunistas occidentales, que un tiempo fueron sus defensores y ahora son extraños, y a veces hasta enemigos, y excita sobre todo el independentismo de los países comunistas europeos. Y sabe también que en la conferencia de junio en Belgrado, cuando se examinen los resultados obtenidos por la declaración de Helsinki, va a ser víctima de una campaña directa por parte de Occidente. Sabe también que los disidentes están movidos por el exterior. No calgamos aquí en el tópico tan utilizado, y siempre tan falsamente, de que las subversiones internas proceden de manipulaciones extranjeras: los disidentes soviéticos tienen una razón objetiva de protesta, unas posiciones humanas y políticas que tienden a modificar el régimen duro de la URSS y actúan por su conciencia y por su necesidad. Si aceptan la ayuda económica y de toda índole que se les da desde el exterior, hacen bien. Pero nadie puede ser tan idealista a estas alturas como para pensar que esta ayuda que dan los mismos que mantienen las tiranías sangrientas en algunos países latinoamericanos y esta agitación de trágicos pueblos desesperados por los derechos humanos en sólo un país —o un solo conjunto de países— son puramente altruistas. Menos que nadie, el Kremlin.

Las razones de Carter, aparte de su relativo idealismo de novato, pueden ser de variada índole. Una de ellas contrapesa el otro esfuerzo hacia la reducción de tensiones militares: acallar a los anticomunistas del interior. Notablemente a los grandes órganos de expresión de su país, tan incluidos por los judíos. No le está sirviendo de gran cosa. Los "halcones" alzan de nuevo su vuelo en Washington. Las series de reducciones de armamentos que propone Carter pueden dañar a un importante complejo industrial, y por eso no puede extrañar que se alcen rápidamente en contra, desafiando la campaña por los derechos humanos, tanto los grandes conservadores del propio partido demócrata como los republicanos y, al mismo tiempo, los sindicatos. Se sabe la configuración especial de los sindicatos de Estados Unidos, formados en torno al anticomunismo después de grandes luchas que prácticamente comenzaron a partir de la revolución soviética, y se sabe también cuáles son sus intereses en la continuación a pleno rendimiento de las fábricas de armamento. Estos halcones han conseguido ya una victoria importante al impedir que Carter nombrase director de la CIA a Sorensen, conocido por su liberalismo y su kennedismo, y nombrase en su lugar a un almirante de la línea dura, y están ahora actuando en el Senado para tratar de impedir el nombramiento del nuevo director de la agencia para el control de armas, que es por su cargo el representante de los Estados Unidos en las negociaciones SALT. Carter ha designado a Paul Warnke: un hombre de McGovern, un hombre que ha manifestado siempre la necesidad de reducir muy seriamente los gastos militares. Por esta razón un editorial del "Wall Street Journal" llama críticamente a Carter "Jimmy McGovern". Y se sabe lo que este periódico: el órgano del capitalismo americano, el periódico de la Bolsa y los grandes negocios. Sabe lo que hace al recordar a McGovern: dar una pista a los sindicatos, que fueron los peores enemigos de la tentativa demócrata de McGovern. Simultáneamente a esta ofensiva del capitalismo y sus sindicatos, los militares de alta graduación están discutiendo con el secretario de Defensa, Harold Brown, los intentos de éste de reducir los gastos militares. El presupuesto ha sido heredado de la Administración Ford, pero hay una serie de capítulos indirectos negociables todavía, y hay unos gastos selectivos. Carter —y, por lo tanto, su secretario de Defensa— pretendería reducir gastos en el armamento nuclear y utilizarlos en el armamento llamado convencional. Mientras Cyrus Vance insiste en que puede llegarse rápidamente a acuerdos con la URSS en la reducción de armas convencionales en Centroeuropa.

China no ha cambiado tanto

como para ver con comodidad todo este movimiento. La posición china sigue siendo la misma: cuanto más amenazada está la URSS por Occidente, menos amenazadora resultará —o más vulnerable— por el Este. Por sus fronteras. Desde la muerte de Mao, China habla sido muy parca en sus declaraciones de política exterior, sobre todo en cuanto se refiere a sus relaciones con la URSS. Desde Moscú se había hecho un cierto avance, un cierto sondeo, acerca de la posibilidad de mejorar las relaciones: había quedado sin respuesta. Pero ahora la agencia china de noticias, que representa siempre un punto de vista oficial, deja entender que Carter está cometiendo un error. No lo dice directamente, sino utilizando precisamente citas de periódicos de los Estados Unidos: las más críticas para Carter. Concretamente, al "Christian Science Monitor", que el 27 de junio decía que las declaraciones de Carter habían disgustado a numerosas personalidades de los Estados Unidos que "se preocupan por mantener la vigilancia sobre la Unión Soviética"; como, por ejemplo, el senador Jackson. Jackson (demócrata) fue considerado un momento como posible candidato demócrata a las elecciones, y está considerado como el civil con más tendencias hacia algunas formas de fascismo de los Estados Unidos. Citan también el artículo del "Wall Street Journal" antes mencionado. Y comenta, por su cuenta, que "a pesar de que se han conseguido algunos acuerdos provisionales, ambos países han desarrollado más y mejores armas nucleares en el curso de los siete largos años de negociaciones". Lo cual es objetivamente cierto.

La posición china sigue siendo, por estos datos, bastante parecida a la anterior. El lenguaje, por ahora, es diferente. Un movimiento diplomático y militar de la envergadura del iniciado por Carter con respecto a la URSS hubiese sido acogido en Pekín hace un año con acusaciones, insultos y llamamientos a la población para que se preparase a la guerra. Ese tipo de histeria parece que ha desaparecido por el momento, bien porque los temas interiores están teniendo prioridad, bien porque en realidad se está iniciando una especie de cambio.

Parece, en principio, como si los gobiernos de los tres grandes países de cuyo equilibrio dependen tantas cosas estuvieran tratando de hacer sus relaciones mutuas más posibles, menos amargas, menos peligrosas, en lo cual coincidirían, por lo que se puede apreciar, con la mayoría de la población de cada uno de estos países (con excepciones, naturalmente: Solzenitsin, por ejemplo, y la rama disidente más extremista de la URSS, insisten en que los Estados Unidos deben volver a la rudeza con la URSS y a las posiciones de la guerra fría); pero

estarían al mismo tiempo contrapuestas por los "halcones" interiores, que en parte por posiciones políticas extremistas, en parte por la defensa de sus intereses personales, urgirían a sus gobiernos posturas de mayor dureza. La cuestión de los "poderes fácticos" según la frase de la oposición española democrática al señalar los grupos de presión que puedan estar por encima del gobierno, no es únicamente una cuestión española, aunque tenga aquí perfiles muy especiales, sino una cuestión universal. Y no hay que olvidar que, en un momento dado, estos poderes pueden tomar el poder a secas.

Es algo que puede suceder en los tres países. En China, por la inestabilidad del momento, menos grave que lo que las intoxicadas fuentes de información occidental han querido mantener —se ha hablado de la inminencia de guerra civil—, pero lo suficientemente fuerte como para hacer bascular al gobierno actual. En los Estados Unidos, porque los "poderes fácticos" tienen los suficientes resortes, y saben donde pueden dejar llegar a Carter y donde no. No olvidemos que sin su permiso Carter no hubiese llegado muy adelante en su carrera electoral.

En la URSS, como consecuencia de la actual crisis interna. Es indudable que se encuentra en un momento en el que tiene que tomar posición muy clara: o se endurece hasta límites muy próximos a lo que fue el stalinismo, o revisa seriamente las condiciones de su régimen y de su hegemonía dentro del Pacto de Varsovia. (Este "momento", considerado históricamente, puede durar años.) Si pensamos cuáles y de qué calidad son las resistencias españolas a la revisión de un régimen de vigilancia y militancia, podemos fácilmente saber como pueden ser en la URSS, a pesar de los años transcurridos desde la muerte de Stalin y del XX Congreso, a pesar de la persistencia de la política de coexistencia pacífica.

Las posibilidades de evolución del régimen chino y del régimen soviético, las posibilidades de una democratización —nacional e internacional— profunda en los Estados Unidos, después de los años de tensión en su sociedad, son difíciles de profetizar. O más: son imposibles. Dependen no sólo de la necesidad, que sería aparentemente la de un entendimiento mayor para evitar el riesgo de guerra que nadie desea, sino también del azar, de los pequeños golpes de Estado —o de los grandes—, o de lo que estamos llamando en España intentos de "desestabilización" de los regímenes. Los tres países en cuestión ofrecen en los últimos años un muestrario suficiente de hechos de este tipo, llámense revolución cultural o asesinato de Kennedy, o destalinización, a primavera de Prega, como para no estar seguros de nada en estos momentos. ■